

CABALLERO.—
¡Psssst!

GABRIELLE *entra inmediatamente por 2.*

GABRIELLE.—
Señor...

CABALLERO.—
Todo está saliendo mejor
de lo que habíamos pensado.

GABRIELLE.—
Yo no había pensado nada.

CABALLERO.—
Haremos el negocio como a mí me conviene
y, de propina, una conquista fácil.

GABRIELLE.—
Ah, no, señor. La conquista
la hará usted. Conmigo no cuente.

CABALLERO.—
Tú a callar y a obedecer. Si haces lo que yo te diga,
todo saldrá a pedir de boca. ¿Acaso no salen siempre bien
mis planes?

GABRIELLE.—
A usted siempre le salen bien, señor.

CABALLERO.—
Pues esta noche no será la excepción.
¿Te juegas la paga?

GABRIELLE.—
No, señor. Ni loco.

CABALLERO.—
Está bien. Te acepto la apuesta.
Pero tendrás que ayudarme.

GABRIELLE.—
Yo me las piro.

CABALLERO.—
Tú te quedas y haces lo que yo te ordene.

GABRIELLE.—

Señor, ¡estoy en libertad bajo fianza!

CABALLERO.—

Lo sé de sobra. Fui yo
quien puso el dinero de la fianza.
Y lo puedo retirar cuando me plazca,
¿lo entiendes?

GABRIELLE.—

Dígame lo que he de hacer.

CABALLERO.—

Al final de aquel pasillo
hay un Tapies. No tiene pérdida. Allí
me está esperando Gloria. Necesito
veinte minutos para despachar otro asunto,
quizás menos. Con un cuarto...

GABRIELLE.—

Ah, no, señor. Esta treta
siempre nos sale mal.

CABALLERO.—

Esta vez
saldrá bien. Gloria no sospecha
y a la hora de la verdad, es muy sumisa.
Tú sólo tienes que apagar las luces, imitar
mi voz, decir lo que yo te he enseñado
y hacer lo que las circunstancias dictan.
Mientras tanto, yo haré una visita
a la señorita Silvia. Tengo un empacho
de Gloria y la otra, en cambio,
posee el atractivo de la novedad. Además,
habíamos empezado la mar de bien
y no me gusta dejar las cosas a medias.

GABRIELLE.—

Me descubrirán, señor,
siempre me descubren. Ya no tenemos
edad... Quiero decir que yo no tengo edad...

CABALLERO.—

No tengas miedo. Ella lo hará todo.
Su buena fe y su vanidad
juegan a favor nuestro. Tu haz el mínimo.
Y quítate este bigote asqueroso.
(GABRIELLE *se quita el bigote y se lo mete en el bolsillo de la chaqueta.*)
Espera. Quítate también la chaqueta,

que huele a cocina, y ponte la mía.

El CABALLERO y GABRIELLE se intercambian las chaquetas. A GABRIELLE le viene muy grande la del CABALLERO.

GABRIELLE.—

¿Lo ve, señor? Se nota mucho.

CABALLERO.—

Te la quitas nada más entrar en la habitación.

GABRIELLE.—

Es inútil: soy más bajo que el señor.

CABALLERO.—

¡Idiota, lo que has de hacer no se hace de pie!

Le empuja y GABRIELLE sale por 4.

22

CABALLERO.—

No hay moros en la costa y la presa duerme.
Ha llegado la hora del placer y las tinieblas.

(Se dirige hacia 3.

Suena el timbre.)

¡Maldita sea!

(El timbre sigue sonando con insistencia.)

¡Ya va! ¡Ya va!

¡Pero deje de tocar o levantará la liebre!

Se pone la chaqueta de GABRIELLE, que le viene muy pequeña, y va hacia la puerta de entrada al piso. Antes de abrir saca del bolsillo de la chaqueta el bigote postizo y se lo pone. Abre.

CABALLERO.—

Signore...

COPONIUS.—

¿Dónde está mi mujer?

CABALLERO.—

La sua moglie, signore?

Entra COPONIUS. Es jorobado y muy feo. El CABALLERO cierra la puerta y va tras él.

COPONIUS.—

Soy Coponius. Hemos hablado por teléfono usted y yo. ¿Dónde está?

CABALLERO.—
¿Quién?

COPONIUS.—
Mi mujer, idiota. Te pago
para que lo sepas. ¿Dónde está?

CABALLERO.—
¿La señorita... Silvia?

COPONIUS.—
No soy bígamo. ¿Dónde está?

CABALLERO.—
Ha salido... Quiero decir, de esta sala.
En este momento... no se encuentra aquí,
como puede ver.

COPONIUS.—
Muy bien, chico.
Tienes madera de detective. Sigue así
y acabarás saliendo en una novela
de Vázquez Montalbán.
(*El CABALLERO se arregla el bigote, que está a punto de caérsele.*)
¿Qué haces? ¿Te encuentras bien?

CABALLERO.—
Sissignore. ¿Puedo preguntarle una cosa?

COPONIUS.—
Sí, pero no me hables en italiano.
¿Te has vuelto loco?

CABALLERO.—
No, señor, es la costumbre.
Pero, dígame, si yo estoy aquí,
quiero decir que si yo soy el detective
que usted ha contratado para vigilar
a la señorita Silvia sin que nadie lo sepa,
¿por qué ha venido personalmente
a descubrir el pastel?

COPONIUS.—
¿Esto quieres saber? ¿que por qué
he venido?

CABALLERO.—
Sí, a descubrir el pastel.

COPONIUS.—

¿Te parece que no tiene lógica?

CABALLERO.—

Ni la más mínima.

COPONIUS.—

Pues tienes toda la razón, muchacho.
No tiene la más mínima lógica.
Pero esta tarde, ordenando el secreter
de mi despacho, he descubierto
que había desaparecido la pistola.

CABALLERO.—

¿Y cree que la señorita Silvia
la ha cogido?

COPONIUS.—

Tal vez ha sido ella. No lo sé.
He venido a averiguarlo. La necesito.

CABALLERO.—

¿A la señorita Silvia?

GABRIELLE.—

La pistola. Y también a Silvia.
(*Habla en tono siniestro y afectado, como un barítono en una ópera de Verdi.*)
Si no puedo vivir con ella, he decidido matarla.
Me dirás que es una locura. Me dirás:
¿qué sentido tiene entablar un proceso judicial,
contratar un abogado, un procurador y un detective,
hacer la correspondiente provisión de fondos,
y cuando todo parece estar a punto, asesinar
a la parte demandada? Me dirás:
¿qué sentido tiene? ¿Eh?

CABALLERO (*arreglándose el bigote*).—

No se lo sabría decir.

COPONIUS.—

Pues yo te lo diré, muchacho,
yo te lo diré. Una cosa es la cabeza
y otra, el corazón. Raciocinio y pasión,
las cosas concretas y las ideas abstractas.
¿Me sigues?

CABALLERO (*arreglándose el bigote*).—

Hasta aquí, sí.

COPONIUS.—

Por una parte

quiero que la sociedad me reconozca
mis derechos, que los tribunales dicten sentencia
a mi favor. Soy la parte lesionada. Por otra parte
quiero tomarme la justicia por mi mano,
quiero venganza, violencia y sangre.
Quizás soy un tanto paradójico,
pero no incongruente. ¿La has visto?

CABALLERO.—

¿La pistola? No

COPONIUS.—

¿Y a Silvia?

CABALLERO.—

A la señorita Silvia, sí.

COPONIUS.—

¿Dónde está?

CABALLERO.—

Al final de aquel pasillo,
al lado de una litografía de Tapies.

COPONIUS.—

¿Y qué hace allí?

CABALLERO.—

Está en la cama con un desconocido.

COPONIUS.—

¡Qué estás diciendo!

CABALLERO.—

Que está en la cama...

COPONIUS.—

¡Ya te he oído! ¿No me lo podías
haber dicho antes?

CABALLERO.—

No quería interrumpir
la exposición de señor.

COPONIUS.—

¡Maldita sea! ¡Y yo sin pistola!

CABALLERO.—

Coja un cuchillo de la cocina. (*Señala hacia I.*) Es por allá.

COPONIUS.—

Gracias. Ya lo sé. Conozco el piso.
Hasta hace poco yo era muy amigo de la familia.
Éramos como hermanos, los cuatro. Soy padrino
del hijo mayor de Ricky y Gloria, y Silvia
es madrina de la nena. Y nuestro hijo... pero no es momento
de recordar los días felices. La vida es como es:
todo va bien y un día, de repente, sin saber cómo,
todo se pone patas arriba.

CABALLERO.—

Diga usted que sí.
Pero dese prisa, señor, si los quiere sorprender
in flagrante delicto.

COPONIUS.—

Tienes razón.
(*Va hacia 1. Antes de salir se da media vuelta.*)
No te vayas. Necesitaré
que testifiques en el juicio.
Pienso alegar trastorno mental transitorio.
Como máximo me caerán dos años.

COPONIUS *sale por 1.*

23

CABALLERO.—

Espero que este bruto cumpla su propósito
antes de darse cuenta de que es Gloria y no Silvia.
Lo siento por Gabrielle, pero no tenía otro remedio.
Cuando una mujer no sabe guardar la compostura,
hay que tomar medidas drásticas. (*Pausa.*)
Me habría gustado ver cómo acaba la función,
pero la prudencia me aconseja otra cosa.
También me habría gustado recuperar la chaqueta.
Sobre todo por las tarjetas de crédito y las llaves.
En fin... No se puede tener todo.
(*Mientras habla se quita el bigote, lo mete en el bolsillo de la chaqueta, se la
quita y la deja sobre el sofá.*)
Por lo menos recuperaré el abrigo.
Fuera hace un frío de mil demonios.

Sale por 2.

Por 4 entra GLORIA con el vestido rojo.

GLORIA.—

¿Qué pasa? ¿Dónde estás? ¿Por qué
no has venido? Hace rato que te espero.

(Se mira al espejo dando vueltas.)
Mira, me he puesto el vestido rojo,
¿te acuerdas? El que te gustaba tanto.
Lo he guardado todos estos años pensando
que todo acaba volviendo, los hombres y las modas.

Entra el CABALLERO por 2 con el abrigo puesto.

CABALLERO.—
¡Gloria!

GLORIA.—
¿Dónde te habías metido?
¿Y qué haces con el abrigo puesto?

CABALLERO.—
Tenía... un poco de frío...
¿Y tú? ¿por qué no estás en tu habitación?

GLORIA.—
Como no venías...

CABALLERO.—
¿Quieres decir que él... que yo...
que nadie...? Gloria, querida, me voy.
Las cosas se han complicado un poquito.
Mañana te llamaré para explicártelo...

GABRIELLE (*dentro*).—
¡Socorro!

CABALLERO.—
Demasiado tarde.

24

Por 3 entra GABRIELLE en calzoncillos.

GABRIELLE.—
¡Auxilio!

GLORIA *lo mira sin entender nada.*
El CABALLERO, a espaldas de GLORIA, se quita el abrigo y se vuelve a poner la
chaqueta y el bigote de GABRIELLE.
COPONIUS *entra por 3 con un cuchillo de cocina en la mano.*

COPONIUS.—
¡Maldito pervertido, te voy a matar!

GLORIA.—

¡Coponius!

GABRIELLE (*poniéndose detrás de GLORIA*).—
Aiuto, signora, che mi ammazza!

COPONIUS.—
¡Otro que se empeña en hablarme en italiano!
¿Os habéis vuelto todos locos?

GLORIA.—
Calma, hombre, cálmate. ¿Qué haces aquí?
¡Y con un cuchillo! (*Señalando a GABRIELLE*) ¿Y este personaje,
quién es?

COPONIUS.—
Un violador. ¿No le ves la pinta?

GABRIELLE.—
Yo sólo cumplía órdenes. Él...
es decir, usted, me contrató...

COPONIUS.—
¿Yo te contraté? ¿Yo te contraté
para que te metieras en la cama con Silvia?

GABRIELLE.—
No, no, el detective, ¿no se acuerda?

COPONIUS.—
No digas bobadas. Yo contraté
a aquel señor del bigote.

GLORIA *se da la vuelta y ve al CABALLERO con la chaqueta y el bigote.*

GLORIA.—
Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!

CABALLERO (*en voz baja*).—
Disimula. (*A GABRIELLE*) Y usted, quienquiera que sea,
póngase esto (*Le tira su abrigo.*) Esta en presencia de una dama.

GABRIELLE *se pone el abrigo, que le llega hasta los pies.*

GABRIELLE (*al CABALLERO*).—
Dígale que yo...

CABALLERO (*en voz baja a GABRIELLE*).—
Calla, idiota, te está bien empleado por haberte equivocado de habitación

GABRIELLE.—

Es que yo no sé quién es Tapies.

GLORIA.—

¿Qué está pasando aquí?

COPONIUS.—

Dímelo tú. ¿Desde cuándo mi mujer
hace servir vuestra casa, tu propia habitación,
el lecho conyugal, para sus devaneos?

GLORIA.—

No seas malpensado. Silvia ha bebido una copa de más
y se ha ido a la cama. Le puede pasar a cualquiera.
Ricky ha ido a la farmacia a buscar un producto
que le ha recetado Oriol.

COPONIUS (*señalando a GABRIELLE*).—

¿Y este fulano?
¿También se lo ha recetado Oriol?

GLORIA.—

No sé de dónde ha salido.

GABRIELLE.—

Signora, sono Gabrielle, il cameriero.

GLORIA.—

Ah. ¿Y qué hace sin ropa?

GABRIELLE.—

La ropa está en la habitación. Yo creía
que usted... que su habitación... todo estaba a oscuras...
y cuando he visto entrar a este señor con el cuchillo...
como comprenderá, no era cuestión de perder la vida
por los pantalones.

GLORIA.—

Me temo que voy entendiendo lo que pasa.

Por la puerta de entrada al piso entra RICKY con un paquete de la farmacia en la mano.

RICKY.—

¡Ya estoy aquí!

Todos quietos y en silencio. RICKY, viendo que nadie le da un explicación, se quita el abrigo y se lo da al CABALLERO creyendo que es GABRIELLE. El CABALLERO deja caer el abrigo al suelo GABRIELLE corre a recogerlo.

RICKY.—

Tengo la sensación de que en mi ausencia
aquí ha pasado algo... y aún está pasando.

GLORIA.—

Nada que no pueda aclararse fácilmente.
Gabrielle, traiga más bebida; la velada
no ha hecho más que empezar. ¿Whisky?
(*Todos dicen que sí con la cabeza.*)
Ya lo ha oído, señor detective.

GABRIELLE.—

Sissignora... Ma cosí, in mutande...

Se abre el abrigo para recordar que todavía va en calzoncillos.

RICKY lo mira desconcertado.

GLORIA.—

Ah, sí, tiene razón. Un hombre
no puede ir por el mundo
sin sus atributos.
(*Le quita el bigote al CABALLERO y se lo da a GABRIELLE.*)
Tenga, póngase esto. Ahora
Ya puede servir las bebidas.
(*A COPONIUS*) Y tú, dame este cuchillo.
(*COPONIUS le da el cuchillo a GLORIA y ésta a GABRIELLE.*)
El señor ya no lo necesita,
lléveselo a la cocina
y métalo en la lavaplatos.

GABRIELLE sale por 1 con el cuchillo y el abrigo de RICKY.

COPONIUS.—

Entonces éste era...

GLORIA.—

El detective
que contrataste para que espicara a Silvia.
Vergüenza habría de darte.

COPONIUS.—

Es ella la que se debería avergonzar
de darme motivos de espionaje.

GLORIA.—

Pues ya has visto el resultado.

COPONIUS.—

No me lo puedo creer: Silvia...

con este miserable.

GLORIA.—

Y encima tú vas, y le pagas.

CABALLERO.—

Cuando se bebe uno tiene la manga
más ancha.

COPONIUS (*al CABALLERO*).—

¿Y usted quién es?

CABALLERO.—

Un amigo de la casa, para servirle.
En realidad, usted y yo nos conocimos
hace unos años, no sé si se acuerda:
en el palco presidencial del Barça,
con el señor Núñez...

COPONIUS.—

Ah, sí, es verdad.
Perdone que no le haya reconocido.
Estoy un poco alterado. Como ha visto,
motivos no me faltan.
(*Se dan la mano.*)
¿Pero qué hacía usted vestido de camarero
y con el bigote de mi detective?

CABALLERO.—

Nada: una broma. Se lo iba a explicar,
pero venía usted tan indignado, hablando de una pistola
y de su mujer...

RICKY.—

¿Una pistola? Coponius, ¿de qué habla
este individuo?

COPONIUS.—

De mi revólver.
Ha desaparecido del cajón.

RICKY.—

¿Y crees que puede estar aquí?

COPONIUS.—

Estoy seguro de que Silvia lo ha cogido.

GLORIA.—

Es natural: si tu la persigues con un cuchillo...

Entra GABRIELLE por 1 con una bandeja y las bebidas. Se ha quitado el abrigo del CABALLERO y se ha puesto un delantal de cocina que le llega hasta los tobillos. Sólo cuando se vuelve de espaldas se ve que todavía va en calzoncillos.

RICKY.—

¿Y dónde está ahora la pistola?

GLORIA.—

Lo mismo da. Las bebidas
ya están aquí. Borrón y cuenta nueva.
Brindemos. (*Levanta la copa.*) Salud.

Todos brindan menos COPONIUS.

TODOS.—

¡Salud!

GABRIELLE sale por 2.

GLORIA.—

Coponius, ¿tú no bebes?

COPONIUS.—

No. Yo me voy. Aquí no tengo nada
que hacer. Ni aquí ni en ninguna parte. Pero no quiero
estar en vuestra compañía. (*Al CABALLERO*) A usted, que parece un señor,
le debo una explicación. No será larga. Nací en el seno
de una familia pobre, numerosa y desunida.
No recibí educación ni afecto, ni nada que pudiera
predisponerme al triunfo. Y para colmo,
ya ve usted, no tengo un físico demasiado agraciado.
De inteligencia tampoco ando sobrado.
Pero con perseverancia hice el bachillerato
y hasta conseguí hacer una carrera en la Universidad
cuando no era fácil ingresar para quien no pertenecía
a una clase acomodada. Nunca encontré el camino
sembrado de rosas. En la Facultad de Letras
empecé a tratar a las chicas. Antes
apenas me había fijado en ellas: tenía otras ocupaciones.
Ahora, en cambio, en el patio de la Facultad de Letras,
y sobre todo en las clases de lingüística aplicada,
las chicas se convirtieron para mí en una obsesión.
Las miraba y me decía: ¡A la mierda Saussure
y a la mierda la gramática generativa!
Nada me interesaba tanto en el mundo como las chicas.
Yo sabía, por supuesto, que con mi facha, pobre
y un poco corto de entendederas, poca fortuna
podía esperar en este terreno. Ellas
aceptaban mi compañía, pero lo hacían
movidas por la curiosidad o por la compasión.

Yo sufría y pensaba: con la que me quiera de veras,
sin reservas ni sentimentalismos, me casaré,
y haré por ella todo lo que puede hacer un ser humano
y más aún. La cubriré de riquezas, le daré
todos los caprichos... (*Pausa.*) ¿Usted qué opina?

CABALLERO.—

Que está más chiflado que una regadera.

GLORIA—

No le hagas caso. Todos esto son fantasías. Nos caía bien
porque era simpático y buena persona. Más tarde,
cuando se volvió engreído y prepotente,
consiguió dar pena de verdad.

COPONIUS.—

A mí la que gustaba en aquella época
era Gloria. Pero ella no me hacía el menor caso,
ni a mí ni a nadie, era fría, ambiciosa
y altiva; todo le parecía poco para ella. Al final,
como pasa siempre, se casó con el único infeliz
que le aguantaba los humos, o que le los creía.
Después del segundo hijo se sintió decepcionada
y le puso unos cuernos que llegaban al techo.
Al final tuve que conformarme con Silvia.
Era atractiva y agradable, tenía todas las virtudes
y un sólo defecto: estaba mal de la azotea.
Sin duda por eso se caso conmigo. Si no,
¿a santo de qué? Pero a mí no me importaba:
yo era feliz, porque la amaba sinceramente,
con todo mi corazón. Todavía la amo. Por ella
abandoné la Lingüística y me hice rico.
Por ella abandoné mi vocación, señor,
por ella me introduje en un mundo que odiaba.
Para que ellos pudieran seguir hablando de Lacan
y de Bakhtin, de Derrida, señor, de Deleuze
y de Baudrillard, yo tuve que ocuparme
de cosas serias. Estoy hablando de la Bolsa,
señor, del mercado de divisas, de opciones y de futuros.
Hablo de los índices generales y del Mibor, señor,
de Carburos Metálicos, señor, de Aguas de Barcelona,
¿de esto estoy hablando! De Gas Natural, señor, de Argentaria
y de Duro Felguera. Estoy hablando de Repsol y Petrocat,
señor, de Telefónica y del BBV.
De esto han vivido ellos y sus hijos, e incluso
se ha podido comprar una casa como ésta.
Mire a su alrededor, señor: lujo moderno,
que es el más caro. Todo pagado con mi dinero.
Yo lo he hecho todo. No por ambición personal,
sino por amor. Siempre hice lo que ella quiso,

hasta poner dinero en esta empresa absurda
y ruinosa que ellos denominan “editorial”.
Un pozo sin fondo, señor. Si le han dicho otra cosa
le han engañado.

RICKY.—

¡No estoy de acuerdo en absoluto!

GLORIA.—

Déjale que se desahogue, Ricky, ¿qué más da ya?

COPONIUS.—

Al cabo de un tiempo descubrí que nada de todo aquello
había servido: ni los sentimientos ni los esfuerzos,
ni siquiera el dinero. Silvia me engañaba con otro.
Y estos dos, a los que yo consideraba mis amigos,
lo sabían, se reían y callaban. Comprendí
que no pertenecía a su mundo, que era un extraño
sentado a su mesa, que toda la felicidad
no había sido más que un sueño.

Ahora vuelvo a estar en el punto de partida,
pero habiendo perdido la juventud y la esperanza.

(Pausa.)

He venido a buscar la pistola para matar a Silvia,
pero me temo que si la hubiera encontrado,
me habría matado a mí mismo. He hablando
demasiado. Me voy. *(Inicia la salida.)*

GLORIA.—

¿No traías abrigo?

Hace un frío que pela. Lo han dicho por la radio.

COPONIUS.—

Ya lo sé, pero no te preocupes,
tengo el coche aquí mismo. Adiós.

COPONIUS sale por la puerta de entrada.

26

RICKY *(Al CABALLERO)*.—

Es un buen amigo y un hombre
muy bien educado. Se ve que hoy tiene un mal día.

CABALLERO.—

No hay cosa más retorcida
que un capitalista sentimental.

RICKY *(A GLORIA)*.—

¿Crees que lo hará?

CABALLERO.—

¿Matarse?

Yo creo que sí. No le queda otra salida.
Cuando un hombre sabe que su mujer
pertenece a otro, o le pega un tiro a ella
o se lo pega él mismo.

RICKY.—

¿Habla en serio?

GLORIA.—

No, hombre, no, ¿no ves
que te está tomando el pelo? Y por Coponius
no te preocupes. ¿Cuándo has visto
que uno que se quiere suicidar
vaya a casa de los amigos
preguntando si han visto su revólver?
Ya se le pasará.

CABALLERO.—

¿Y Silvia?

¿No corre peligro?

GLORIA.—

¿De qué?

¿de que él la mate? No lo creo.

Es un hombre apasionado, y los hombres
apasionado hacen daño, pero no matan.

Para matar a alguien no hace falta
una pasión muy grande. Con una arma
y una buena ocasión hay suficiente.

(Abre el cajón donde ha escondido la pistola y saca la pistola y la agenda de

SILVIA.) Hace tiempo que sabía

que Silvia engañaba a su marido,

pero nunca me dijo el nombre de su amante.

Y he aquí que de pronto, esta noche, sin querer,
hojeando su agenda, he descubierto...

RICKY.—

Gloria...

GLORIA.—

¿De qué tienes miedo, Ricky?

¿De tener que confesar tu secreto

o de verme con una pistola en la mano?

RICKY.—

Ni de lo uno ni de o otro. *(Pausa.)* No sé
qué piensas hacer: a lo mejor pegarme un tiro.

A estas alturas sería un poco exagerado,
pero, ¿quién entiende a las mujeres?
Y en última instancia, lo mismo me da.
Para ti sería un crimen o una venganza. Para mí,
sólo un accidente. No me siento un criminal
camino del patíbulo. Yo no he cometido
ninguna infamia. Lo que dices es cierto:
Silvia y yo hemos tenido una breve relación
pasional. Puedo explicarlo todo.

CABALLERO.—

No lo hagas, Ricky. En estos casos
lo mejor es negarlo todo. Ella no es quién
para hacerte reproches.

GLORIA (*al CABALLERO*).—

Tú calla.

CABALLERO.—

Esta empresa pierde socios
a un ritmo vertiginoso.

RICKY.—

Todo empezó hace unos años, cuando Gloria,
por razones que entonces ignoraba
y que ahora empiezo a entender, se fue alejando de mí.
Los primeros meses me sentí desconcertado,
dolido y humillado. Luego me acostumbré. Comprobé
que mi caso era mucho más común de lo que yo pensaba,
al menos en el círculo de mis amigos y conocidos.
Desde que la mujer ha dejado de ser un objeto de deseo...

GLORIA.—

Por favor, nada de sociología.

RICKY.—

El celibato, si uno se lo toma bien, es un estado más confortable
de lo que cabría pensar. Desde el punto de vista físico
y, sobre todo, mental. Mejora el rendimiento
y estado general de la persona. (*Pausa.*) Así
pasé unos años. Pero un día, de repente,
ocurrió algo extraño. Yo estaba,
no recuerdo por qué motivo, en las Piscinas
Picornell. Iba vestido, con zapatos,
corbata y cartera, posiblemente me reclamaba
en aquel lugar una gestión comercial.
Por pura coincidencia Silvia también estaba allí.
Recuerdo que llevaba un traje de baño de color
azul cielo. No me vio, a pesar de que yo llamaba la atención,
tan emperifollado entre gente desnuda.

Se disponía a zambullirse. Me quedé quieto, al borde del agua, en suspenso: no respiraba ni me latía el corazón, como si aquel salto fuera cuestión de vida o muerte. Cuando su cuerpo atravesó el agua de la piscina, la salpicadura reflejó un rayo de sol, formando un arco iris. En aquel instante comprendí que la suerte estaba echada. Silvia nadó hasta la otra punta de la piscina, subió por la escalera y se fue directamente al vestuario. La seguí sin saber lo que hacía., me metí en el vestuario. Las mujeres que había allí no dijeron nada. Vestido y con cartera, me tomaron por un inspector de la Generalidad. Recorrí el vestuario de señoras metiendo la cabeza en todas partes. Silvia estaba en la ducha. Le dije: ven. Se secó y se vistió sin decir nada. Fuimos a un hotel cerca de Sitges. Más tarde ella misma me contó que nuestro encuentro se había debido al azar más extraordinario, porque ella no iba nunca a las Piscinas Picornell, pero que aquella tarde, en su casa o en el despacho, había sentido un gran desasosiego y entonces recordó que alguien le había hablado de las Piscinas Picornell. Sólo por este motivo había decidido ir. En aquella milagrosa casualidad, me dijo, podía verse la mano del destino, contra el cual nada podíamos hacer, ni nosotros ni nadie. Por eso me siguió sin decir nada cuando yo asomé la cabeza por la ducha del vestuario de señoras. Esta historia que acabo de contaros sucedió hace poco más de un año. Los primeros meses nos reuníamos a menudo a escondidas. Yo jamás tuve problemas. Para Gloria es como si yo no existiera. Pero Coponius se dio cuenta en seguida de lo que pasaba. Después de la separación no nos hemos vuelto a ver, fuera de horas de oficina. Ésta es mi historia, en dos palabras. Todo pasó de repente, cuando menos lo esperaba. Después de tantos años de vida tranquila, esta aventura ha sido un torbellino, una cosa tan desusada y tan violenta, que acabarla de tiro no me parecería extraño.

GLORIA *baja la pistola. Sonríe.*

GLORIA (*sin ningún dramatismo*).—

No tengáis miedo. No haré daño a nadie, ni a ti, ni a ti, ni a mí. O, al menos, no os lo haré queriendo. Para hacer daño hay que tener más fuerza que la que yo tengo:

quizás odio, o amor, o deseo de venganza:
pasiones del alma o del cuerpo. A mí
je no me quedan. Ya no soy
nadie, estoy aniquilada. No tengo
inteligencia ni voluntad, y la memoria
no es más que una fuente de vergüenza.
Desde pequeña he creído que había que luchar
para conseguir lo que quería. Este ha sido
mi error. No quería lo que pensaba que quería,
ni quería luchar. En esta lucha todo el mundo pierde.
¿Quién nos ha hecho creer que lo que conseguimos
con esfuerzo nos hará mas felices? El esfuerzo
sólo sirve para ir tirando, para sobrevivir
de día en día, de año en año. Lo que soñamos
no tiene nada que ver con esta lucha. Y la felicidad
es una visita inesperada, que no siempre nos encuentra
en la mejor disposición para atenderla.
(*Se mira en el espejo atentamente.*)
Me estoy haciendo vieja. Me miro en el espejo
y en vez de verme a mí,
veo el balance de mi vida.
(*Se vuelve a RICKY.*)
Me pregunto si hubo un tiempo
en que mi dignidad estaba intacta,
si en algún momento he sido
realmente inocente. (*Mirando la pistola*) No,
no se puede lavar el pasado
añadiendo culpa a la culpa.

RICKY.—

No te entristezcas, Gloria. Todos hemos tenido momentos
de desfallecimiento. Todos hemos traicionado nuestros principios
y a las personas que nos quieren, y también
a las que más queremos. Pero el remedio
no está en la fuerza, ni en la humillación,
sino en la comprensión y el perdón.

GLORIA.—

El perdón no, Ricky. Quizá Dios Nuestro Señor
puede perdonar; pero nosotros no tenemos competencia.
Para nosotros, lo hecho, hecho está. Como máximo
os puedo absolver. La absolución sirve
para evitar el castigo; no la culpa. Para la culpa
no hay perdón, ni para vosotros, ni para mí.
Absolver, en cambio, es bien sencillo:
yo os absuelvo, a ti y a ti y a mí también.
Todos absueltos. Ahora puedo absolveros,
porque tengo la pistola. Antes no habría tenido
sentido. ¿A quién le importa el perdón de una mujer
que no te está apuntando a la cabeza,

y qué clase de virtud es la generosidad
cuando no tienes más remedio que ser generosa?
Quizás los seres humanos seríamos más felices
si siempre lleváramos encima una pistola.

RICKY.—

Bien dicho, Gloria. Así me gusta
verte. Al fin y al cabo, vivir es aprender
a aceptarnos como somos. Anda, ven,
la noche es joven y aún queda bebida
y canapés. Brindemos. Y dame la pistola,
que pareces un personaje de Ángel Guimerà.

GLORIA *le da la pistola. RICKY apunta al CABALLERO.*

GLORIA.—

Ricky, ¿qué haces?

RICKY.—

La absolución
le ha sido denegada en segunda instancia.

CABALLERO.—

Espera un momento, Ricky, no te precipites:
todo lo que he dicho lo he dicho en broma,
y aunque fuera verdad,
todo se puede negociar entre caballe...

RICKY *dispara a sangre fría. El CABALLERO cae al suelo.*)

GLORIA.—

¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

(Cae al suelo desmayada.)

RICKY.—

Nadie se ríe impunemente
de la pequeña y la mediana empresa.
¡Gabrielle!

27

Entra GABRIELLE por 4. Ya va vestido.

GABRIELLE.—

Sapristi!

RICKY.—

Gabrielle, hágame un favor: llame
a la policía y dígame que he matado a un hombre
a sangre fría. A la señora no le pasa nada.

Se ha mareado, pero en seguida estará bien.
Cuando hable con la policía, puede decirle
que no soy peligroso. No quiero
que me destrocen la casa,
con lo que nos ha costado la restauración.
Cuando haya hecho esta llamada, ya se puede ir.
(*Se mete la mano en el bolsillo y saca unos billetes.*)
Tenga, sus honorarios. Mire si es conforme.

GABRIELLE(*mirando la pistola*).—
De ningún modo, señor.
¿El señor desea un recibo?

RICKY.—
No hace falta. Me parece que el año que viene
no tendré que hacer declaración de renta.

GABRIELLE.—
Como guste. Adiós, señor. (*Hace una reverencia al cuerpo de GLORIA.*)
Signora, addio.

GABRIELLE *se quita el bigote, lo deja sobre la mesa y sale por 2.*
RICKY *sigue un mosquito con los ojos, se encoge de hombros, deja caer la pistola en el
sofá y empieza a servirse un whisky.*
Por **3** entra SILVIA, *medio dormida, despeinada, descalza y con el vestido
desabrochado y arrugado. Arrastra por el suelo el abrigo de pieles.*

SILVIA.—
Hola, Ricky, ¿estás solo?
(RICKY *dice que sí con la cabeza y le ofrece el whisky. SILVIA lo rechaza.*)
No, gracias; no me conviene. Me parece
que por hoy ya he bebido bastante.
Me duele la cabeza y recuerdo vagamente
haberme quedado dormida en mitad de la negociación.
(*Señalando los cuerpos del CABALLERO y de GLORIA.*)
Por suerte veo que no soy la única.
(*Pausa.*) Nunca me había pasado,
dormirme como un tronco
en mitad de una reunión de negocios.
Ha sido una siesta de lo más tranquila
y agradable. Hasta he soñado... ¿qué pasaba
en el sueño? Lo quiero recordar y se desvanece
como el humo. Sólo recuerdo que estaba sola,
en medio de un lugar sin límites. La luz menguaba
y a la vez todo se iba volviendo blanco. Los sueños
son como son. A veces las cosas más normales
cuando las soñamos nos dan miedo. En mi sueño
también había un espejo, como éste.
(SILVIA *se mira al espejo y se arregla el cabello y el vestido.*
Mientras habla, RICKY va bebiendo y la va mirando con ternura.)

Yo me miraba y veía una cara
con mis rasgos, pero era la cara
se un ser extraño, como la cara
de un ánima bendita. Pensé: estás en el limbo.
No sé por qué se me ocurrió esta idea
absurda. Del limbo no habla nunca nadie.
El limbo es el sitio adonde van los bebés
que mueren sin haber recibido el bautismo;
y un sitio lleno de bebés no excita
la imaginación de los poetas. El castigo
de los que van al limbo es pasar inadvertidos,
ser olvidados, y no tener ningún papel
en la comedia divina. Un lugar desolado, oscuro,
lleno de bebés abandonados, esperando
que vengan a recogerlos unos padres
que jamás llegarán. Yo no quería ir allí,
al limbo. En sueños pensaba: mejor el infierno.
El infierno, al menos, está lleno de adultos. Entonces
vi venir una sombra, la sombra de alguien
que yo no conocía, y se acercó
y me estrechó en sus brazos, sin decir nada,
y me llenó de su calor; y yo
le di el alma y el cuerpo;
y en aquel breve instante sentí
toda la felicidad que durante muchos años
había tenido encerrada en el corazón. Ahora,
sin embargo, al despertar de este sueño maravilloso,
me duele todo el cuerpo, como si me hubiera caído
escaleras abajo dando volteretas. Hablo demasiado,
me voy.

RICKY.—

Te pediré un taxi.

SILVIA.—

No te molestes.

Coponius me estará esperando,
sentado en el coche, oyendo la radio.

RICKY le ayuda a ponerse el abrigo. Cuando lo tiene puesto, SILVIA se da la vuelta.

SILVIA y RICKY se quedan mirando un rato el uno al otro. Finalmente, SILVIA le tiende la mano. RICKY y SILVIA se dan la mano. SILVIA sale por la puerta del piso.

RICKY se acaba el whisky, se agacha junto a GLORIA, le toma el pulso, comprueba la respiración, le da unos golpecitos en la cara.

GLORIA se despierta, se levanta ayudada por RICKY, mira el cuerpo del 3.

GLORIA.—

Ya me parecía a mí
que no me tenía que haber puesto el vestido rojo.

GLORIA y RICKY *se miran*. RICKY *sonríe*.

RICKY.—
Ya ha pasado todo, Gloria.

GLORIA.—
Y ahora, ¿qué?

RICKY.—
Ahora, esperar
a que venga la policía.
(*Sirve un whisky para GLORIA y otro para sí mismo. Beben.*)
De todo lo que has dicho
sólo había una cosa que no era verdad.
No has envejecido. Yo te veo igual
que cuando te conocí, en el Patio de Letras
de la Universidad. Tienes la misma cara,
la misma sonrisa, cuando sonríes,
las mismas piernas y el mismo cuerpo.
Y la verdad es que este vestido
te sienta muy bien. Hacía años
que no te lo ponías.

GLORIA.—
Nunca encontraba la ocasión.
(*Pausa.*) ¿Todavía te gusta?

RICKY.—
Ya sabes que sí.
(*Pausa.*) La policía tardará media hora en llegar.
¿Por qué no la aprovechamos?

GLORIA.—
Todo lo quieres hacer de prisa...
Quiero decir que has bebido demasiado.

RICKY.—
Te acabo de hacer una proposición.

GLORIA.—
Ricky, ya sabes que no puede ser.

RICKY(*mirando el cuerpo del CABALLERO*).—
Me hago cargo, pero, ¿y después?

GLORIA.—
No hay después, Ricky.

RICKY.—
Quiero decir, cuando salga de la cárcel,

dentro de dos o tres meses...
Si hemos esperado tantos años...

GLORIA.—

Demasiados, Ricky. (*Pausa.*) Hace un tiempo me lo jugué todo a una carta. Y perdí. Todos estos años he vivido pensando que quizás el fracaso no era definitivo, que tendría una segunda oportunidad. Pero esta noche he comprobado que para mí no hay más oportunidades, y que la espera sólo ha sido un engaño. No lo digo con tristeza; el desengaño ha sido una liberación; ahora vuelvo a ser yo misma. Ahora puedo seguir viviendo conmigo misma y no con una extraña que se hacía pasar por mí. Pero esta nueva vida la he de hacer yo sola, Ricky.

RICKY.—

¿Quieres decir que te vas y me dejas... solo..., criminalizado, con los hijos y cargado de deudas?

GLORIA.—

Los chicos ya son mayores y hoy en día tener un padre en la cárcel no es una ignominia. Seguro que te encontrarán más interesante. Y yo también. (*Pausa.*) Me voy a hacer la maleta.

RICKY.—

¿Te ayudo?

GLORIA.—

No. Más vale que te vayas haciendo la tuya. En Can Brians necesitarás ropa limpia y el neceser.

GLORIA *va hacia la puerta 3*. RICKY *se queda solo*.

RICKY.—

Me parece que ha llegado el momento que tanto temía: sin mujer y encerrado en la cárcel ya no tengo excusa para no escribir una novela.

RICKY *sale por la puerta 4*.

*La escena se queda vacía con el cuerpo del CABALLERO en el suelo.
Por GLORIA entra GABRIELLE, con la bufanda y la maleta que traía al llegar. Al brazo lleva la chaqueta y el abrigo del CABALLERO. Deja la maleta en el suelo y la americana y el abrigo en el sofá.*

GABRIELLE (*agachándose al lado del CABALLERO*).—

Señor..., señor, ¿se encuentra bien?

CABALLERO (*abriendo los ojos*).—

¿Estoy muerto?

GABRIELLE.—

No, señor. Al oír el tiro
el señor se ha desmayado de la impresión.
Mire, no hay sangre en la camisa ni en ningún sitio.
Además, si el señor estuviera muerto,
yo no estaría aquí, porque estoy vivo.

CABALLERO.—

Entonces el disparo...

GABRIELLE.—

No ha sido nada.
Cuando llegó la señorita Silvia
y me dio el bolso y el abrigo,
aproveché la ocasión para registrarla,
encontré la pistola y por si las moscas
la cambié por otra de juguete
que siempre llevo encima.
Ahora soy detective y no puedo
perder un cliente. Dicen que las armas
las carga el diablo.

CABALLERO.—

Y las descargan
los humanos. No sé qué es peor.
(*Se levanta poco a poco.*) Ay, ay, me parece que me he hecho daño
en la rodilla. Me veo haciendo recuperación otra vez.
Ay, esto no me pasaba antes. Me estoy haciendo viejo.
Ayúdame a ponerme la americana y el abrigo.

GABRIELLE (*ayudando al CABALLERO*).—

¿Sabe una cosa, señor? A fin de cuentas
la cosa no nos ha salido tan mal. Yo he cobrado
y encima he pasado un rato inolvidable
con la señorita Silvia. ¡Quién hubiera imaginado
tanta fogsidad con aquella apariencia de mosquita muerta!

El CABALLERO y GABRIELLE van hacia la puerta de entrada al piso. El CABALLERO cojea un poco, y camina apoyándose en el hombre de GABRIELLE.

CABALLERO.—

Por cierto, tengo entre manos una operación comercial de cierta envergadura, y ando buscando inversores. La ganancia está garantizada y el riesgo es mínimo. Si tienes ahorros y no sabes dónde ponerlos...

GABRIELLE.—

Andiam, andiam, padrone.

GABRIELLE y el CABALLERO salen. GABRIELLE cierra la puerta del piso a sus espaldas.

29

La escena vacía unos instantes.

Por la puerta 3 entra GLORIA con una maleta pequeña con ruedecitas.

Casi a oscuras, no se da cuenta de que el cuerpo del CABALLERO ha desaparecido.

Va a las ventanas, abre las cortinas. Fuera se ve la terraza. Está nevando. Por la radio, que se ha encendido no se sabe cómo, se oye otra vez la voz del LOCUTOR que se oía al principio de la obra.

GLORIA se queda mirando la nieve un instante.

VOZ DEL LOCUTOR.—

Pues sí, nieva, y nieva intensamente en todo el principado, incluso en la ciudad de Barcelona, donde la nieve, en la Plaza Cataluña, alcanza ya un grosor de doce centímetros. Y está previsto que continúe nevando toda la noche y mañana, hasta bien entrado el día. Las temperaturas, como decíamos antes, muy bajas, por debajo de los cero grados en todas partes. Por lo tanto, ya saben, nada de salir de casa. (*Mientras el LOCUTOR va hablando, GLORIA va hacia la puerta de la casa. Mira a su alrededor por última vez y sale. El escenario vacío.*) Bien pensado, no tendríamos que salir nunca de casa, porque se está tan bien... Pero la vida, a menudo, no nos deja otra alternativa. Somos como somos, qué remedio. Así que, si a pesar de todo deciden salir, tengan cuidado, porque la noche, como ya he dicho, es fría. Y aunque mañana volverá a salir el sol, no se fíen, porque volverá a llover y a hacer frío, y habrá otra vez nieve y pedrisco. Y luego otra vez sol. Y así siempre jamás. Que tengan muy buenas noches.

TELÓN